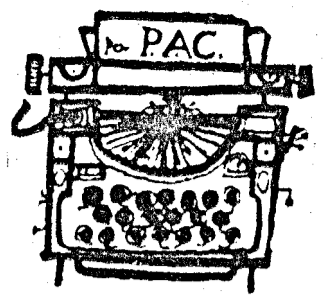


escrito a máquina

EL RESPETO A LA VIDA



La idea que circula y predomina en toda la liturgia católica del 2 de Noviembre —día de difuntos— es la del valor de la vida. "La vida no fenece; se transforma". No el "hades" griego con sus sombras descarnadas: ese destino pálido y deprimente para el hombre de convertirse en fantasma. No, sino lo contrario. El cuerpo, semilla de vida, cae en tierra para ser más vida. El valor de la vida no disminuye, no se hace plasma o fantasma con la muerte, sino que se aumenta con la resurrección. Lo corruptivo resucita incorruptible. Es decir, la muerte no trae muerte sino vivificación, no el cese de ese prodigio que es vivir sino una carga más soberana de vida que enciende para siempre —inmortalmente— la llama del ser.

A la luz vivificante de la resurrección —meta del hombre— se ilumina mejor, por contraste, la inversión de valores y la perversión que lleva en sí el homicidio en todas sus formas. MATAR no es sólo dar muerte sino ponerse de parte de la muerte, avanzar contra la corriente del cosmos, de la humanidad y de la historia, dirigirse hacia atrás, hacia la no-vida.

Mientras al hombre no se le enseña e inculque —pero de manera profunda e indeleble— que su verdadera evolución, su verdadero progreso o superación consiste en dominar hasta vencer (hasta extirpar definitivamente) todas sus tendencias e instintos homicidas, de nada servirán sus avances técnicos o científicos, ni el incremento de sus riquezas, ni sus capitalizaciones culturales porque el homicida camina contra sí mismo, camina hacia el mono, hacia el mamífero, hacia el caos inicial y no puede menos de usar anti-evolutivamente (es decir, inhumanamente) ese instrumental que aumenta su poder de muerte.

Se crea o no en la resurrección, la simple curva evolutiva del hombre nos indica que el proceso va de la no-vida a la vida y luego, en creciente avance, a más vida. En eso consiste el avance. No en inventar ayer la rueda y luego el motor y luego la computadora sino en saber vivir cada vez con más plenitud y con más respeto a la vida.

Por eso el elemento determinante del avance es el amor: fuente de vida. Y el contrarrestante: Matar, eliminación del amor.

Pero matar es un verbo, es decir, algo que se mueve, que tiene una dinámica, un río de veneno que corre y va a la muerte pero que nace de unas fuentes envenenadas. Cristo —al anunciar el Hombre Nuevo— va hasta el fondo (hasta las fuentes) en la eliminación del homicidio. "Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No matarás" y el que mate se condenará. Pero yo os digo que todo el que se encohere contra su hermano", todo el que destruya a su hermano con la palabra, y el que lo explote y el que lo ofenda... es reo de condenación.

El homicidio debe ser eliminado desde sus raíces: ese es el proceso de liberación del hombre viejo: limpiar hasta sus fuentes todos los conductos de la vida, para que el amor fluya libre y produzca el nuevo hombre y la nueva sociedad.

Para el hombre este es un mandamiento de superación. Para la humanidad como conjunto es un mandamiento de su evolución. No superaremos al antropopíteco, no nos despojaremos de la homicida quijada de asno del antropoide primitivo —aunque pongamos un pie en la luna— si el otro pie lo tenemos todavía hundido en el fango sangriento de la guerra, o del odio racial, o del odio ideológico, o de la violencia.

Justificar la guerra —por ejemplo— o justificar la explotación del pobre, es sembrar la destrucción de la misma "civilización" que levantamos. Inevitablemente esa semilla de muerte explotará en las entra-

ñas mismas de la sociedad civilizada que creemos edificar.

Si se aumentan las comunicaciones, crecen las ciudades, se socializan las relaciones humanas, se perfecciona la técnica y no se progresa en igual escala hacia el respeto a la vida, lo que hacemos es preparar una matanza mayor, jamás vista en la historia humana. Posiblemente —y son muchos los psicólogos y sociólogos que lo han dicho— esa irascibilidad, esa rebeldía endémica, ese disgusto colectivo mundial que atormenta a las nuevas generaciones, no es más que el instinto del rebaño ante el olor cercano a sangre; el remolino y los halidos desgarradores de los ganados cuando se acercan colectivamente al matadero.

Claude Lévi-Straus —el padre del estructuralismo— miraba el problema de la erradicación del homicidio desde un punto de vista de la naturaleza toda, encontrándole fronteras mucho más anchas. El respeto que el hombre tiene o debe tener por sus semejantes —decía— no es sino un caso particular del respeto que debería tener por todas las formas de vida.

Si antes el hombre podía, en cierto modo, derrochar las formas de vida de la naturaleza (era una equivocada creencia), ahora, cuando la vida natural comienza a ser extinguida (en 50 años hemos extinguido, por ejemplo, casi toda la fauna de la zona del Pacífico de Nicaragua), cuando se agotan especies enteras de animales, se erosionan y devastan millares de kilómetros de tierras de bosques y de siembros, y se envenenan aguas y aires de grandes regiones pobladas, el hombre comprende que el homicidio, ese instinto de destrucción, ha producido ondas nocivas mucho más vastas, desequilibrando a la misma naturaleza, porque la vida está vinculada en todas sus manifestaciones. No se acaba con un río sin acabar también un poco con el hombre. (No se hace cloaca un lago sin que ese atentado bárbaro contra una fuente de vida no repercuta en el hombre produciendo como reflejo barrios in-vivibles como Acahualinca). Hay una dosis mortal de homicidio en todo atentado contra lo viviente.

Ahora comprendemos el mensaje que, dentro del desarrollo del cristianismo— nos han dejado sus más señeros santos —desde un Francisco de Asís hasta un Martín de Porres— de una conducta de amor y exquisito respeto no sólo al hombre sino a todas las formas de vida, a los animales y a las plantas. Es el revés de ese irrespeto y de esa destrucción de lo viviente que condena Lévi-Straus. Es la onda misma del amor cristiano expandiéndose, porque Cristo asume TODA la naturaleza, la redime TODA y lo que el científico ahora descubre de vinculación entre todas las formas de vida ya está implícito en el misterio de la Encarnación.

En nuestra educación tradicional se nos ha enseñado a ver en esa conducta de los santos algo así como tiernas excentricidades de hombres excesivamente sensibles. Pero no. Ellos lo que marcan son las fronteras del amor y de la vida. El "Himno al Sol" de San Francisco, llamando hermanos al agua y a los pájaros y a las flores, no es "lirismo" en el sentido burgués, sino poesía en su esencial significado y acto de creación: Es, por tanto, ciencia: señala el equilibrio del mundo. Esa hermandad es —científicamente— VIDA.

No andaban errados los griegos cuando llamaron AVERNO —que significa, literalmente (av-ornos) "sin pájaros"— a la muerta laguna por donde se entraba al infierno. El infierno, lugar de los que niegan la vida, comienza con la muerte de los pájaros.

PABLO ANTONIO CUADRA